



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino,  
Arzobispo de La Habana, en la Misa de Exequias por las víctimas del  
trágico accidente aéreo de Smolensk donde murió el Presidente de Polonia y  
altos dirigentes del gobierno polaco, del ejército y de la Iglesia.**

S.M.I. Catedral de La Habana,  
16 de abril de 2010.

Excelencias, distinguidos miembros del cuerpo diplomático, autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Nos reunimos esta tarde para recordar en oración a las víctimas del trágico accidente aéreo ocurrido en Smolensk, Rusia, donde murió el Presidente de la República de Polonia, altos jefes del ejército de esa nación y otras altas personalidades de la Iglesia y la sociedad polaca. Esta dolorosa situación ha enlutado a la nación polaca y nos ha estremecido a todos. Nuestra oración es, pues, también por Polonia, para que Dios nuestro Padre sustente en esta hora tan difícil la esperanza de ese pueblo, al cual nos unen sentimientos de simpatía y afecto por su historia tan conocida y cargada de sufrimiento y heroísmo. Esa historia nos la hizo sentir cercana un hombre de ese pueblo que vino a regir como Pastor universal la Iglesia de Cristo, un polaco que dejó una estela de luz y de bondad en el mundo convulso del siglo XX e inicios del siglo XXI, el Papa Juan Pablo II. Marcado por los años terribles del nazismo y del estalinismo, no se hallan en él sentimientos de amargura, sino el empeño de convencer al mundo de la necesidad del amor, del perdón, de la misericordia. Así nos hizo conocer Karol Wojtyła el alma polaca. Justamente a un acto reconciliador se dirigían aquellos que desaparecieron súbitamente en el terrible accidente aéreo.

Ante acontecimientos como éste el pensamiento lógico fracasa. Pareciera que la muerte tiene la última palabra. Pero ¿será la palabra definitiva? El libro de la Sabiduría, cuya lectura escuchamos en primer término, nos presenta al sabio antiguo recopilando los razonamientos fáciles y falsos del hombre común y de algún otro que cree ser sabio, y hace una larga enumeración de lugares comunes, frecuentes también hoy: nuestra vida es una sombra que pasa, no se sabe de nadie que haya regresado del abismo, pasaremos como quien no existió. Son esas afirmaciones vanas que se traducen popularmente por la afirmación cursi y manida de "no somos nada".

Pero el sabio de Israel responde: Así discurren y se engañan, porque los ciega su maldad... y afirma: "Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de su propio ser".

En una oscilación entre la vaciedad de nuestra aniquilación por la muerte y la sospecha cierta de nuestra inmortalidad, transcurre pendularmente la historia del hombre.

En el Evangelio de San Lucas, proclamado hoy, aparece justamente la postura vacilante del hombre de todos los tiempos ante lo inexplicable de una tragedia que golpea las conciencias y genera sentimientos de angustia o desolación.

Se sitúa la escena en el atardecer del primer día de la semana, primer domingo de la historia, cuando dos de los discípulos de Jesús iban de camino hacia una aldea llamada Emaús que estaba a unos cuantos kilómetros de Jerusalén. Se alejaban de la ciudad decepcionados, deprimidos. El resto lo explican ellos mismos a otro curioso caminante, que era Jesús, pero que no reconocieron. Cuentan ellos al caminante el hecho trágico que había estremecido sus vidas, dejándolos deprimidos y decepcionados. "¿No sabes lo de Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso ante todo el pueblo? Cómo lo entregaron, lo condenaron a muerte y lo crucificaron". Hasta ahí el relato de los hechos. Después seguirá una pormenorizada referencia personal a su estado de ánimo ante

esos acontecimientos: "Nosotros esperábamos que él fuera el futuro libertador de Israel y ya ves: hace dos días que sucedió esto". No tenían consuelo, estaban descreídos y faltos de ánimo. Cuentan que algunas mujeres del grupo de ellos fueron al sepulcro, lo vieron vacío y hasta vinieron diciendo que habían visto una aparición de ángeles que decían que estaba vivo. También otros discípulos fueron al sepulcro y lo encontraron vacío... pero a él no lo vieron".

Este puede ser el estado de ánimo de muchos hombres y mujeres de hoy ante la muerte, sobre todo cuando nos golpea trágicamente: no quieren escuchar palabras de fe ni historias de ángeles. Después de las consideraciones lastimosas de los dos discípulos el peregrino habla. Sus palabras contienen la única respuesta que puede hallarse en el mundo al misterio de la vida y de la muerte. No es un argumento filosófico lo que esgrime el peregrino. No podía ser el suyo un razonamiento humano que intenta convencer diciendo que morir es natural, que todos morimos, que tenemos que enfrentar estoicamente la muerte, que es valentía resignarnos a morir y a la nada. Nada de esto dice el peregrino no reconocido por sus compañeros de camino ni tampoco por muchos hoy. El habla el lenguaje de la fe y acusa de torpeza a sus interlocutores desalentados porque no habían comprendido que "era necesario que el Mesías padeciera todo aquello para entrar en la vida". Tomó entonces la Palabra de Dios revelada en el Antiguo Testamento para explicar cómo el libro sagrado se había referido a los sufrimientos del Mesías.

Los discípulos lo invitan a comer, él entra, y en el familiar gesto de partir el pan es reconocido, pero desaparece de la mirada de los dos discípulos. Entonces ellos desandan el camino recorrido, vuelven a Jerusalén y encuentran a los apóstoles que les dicen: "Era verdad, ha resucitado el Señor".

Y ésta es la noticia de la Pascua que la Iglesia repite desde hace dos mil años. En pleno tiempo Pascual ocurrió el accidente fatal que hoy nos congrega en oración.

La Pascua es la respuesta de Dios ante la muerte. Es una respuesta de fe: debemos descubrir en el camino que nos aleja deprimidos y escépticos del lugar de la tragedia incomprensible, al caminante que nos acompaña en nuestro andar; al caminante que nos saca de lo absurdo y del sin sentido, el que nos hace desechar los sentimientos apocados e inútiles, el que nos saca de nuestra torpeza y nos dice que a través de la Cruz llega la resurrección y la vida.

De la convicción de los apóstoles, que se abre paso poco a poco desde el atardecer del domingo de resurrección, nace el cristianismo. No habría iglesia, ni aún influjos históricos o culturales de Jesús, si El no hubiera resucitado, no habría ni siquiera memoria de Jesús, de aquel crucificado entre otros miles de crucificados por salteadores o revoltosos por el Imperio Romano en Judea, en Galilea y en toda la cuenca del Mediterráneo.

La historia de Jesús empezó a contarse, a escribirse después de que El hubo resucitado, y el miedo y la vacilación de aquellos pescadores incultos de Galilea se cambió en arrojo y valentía para extender esa noticia de un Crucificado Resucitado por todo el Imperio Romano.

Esa es la noticia que tiene perennemente la Iglesia que dar a todos los hombres y mujeres del planeta, en ella está la respuesta de fe ante la vida y la muerte de la única religión del mundo que afirma que Dios es un hombre que comparte nuestra vida humana, que comparte nuestra muerte y muriendo vence a la muerte y nos alcanza la inmortalidad para la cual hemos sido creados, según el libro de la Sabiduría.

El cristianismo no es una fuente de cultura, no es el creador de una ética, no es un sustentador de valores, es una fe en el triunfo del Dios de la vida. Esta es la fe de la Iglesia.

Esta era la fe de muchos de los que viajaban en el avión siniestrado y a quienes deseo ahora aplicar otro texto del libro de la Sabiduría:

"La vida de los justos está en manos de Dios y no los tocará el tormento  
la gente insensata pensaba que morían,  
consideraban su tránsito como una desgracia,  
y su partida de entre nosotros como una destrucción;  
pero ellos están en paz.

La gente pensaba que cumplían una pena,  
pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad...  
Dios los puso a prueba y los halló dignos de sí

los probó como oro en el crisol,  
los recibió como sacrificio de holocausto.  
Los que confían en él comprenderán la verdad,  
los fieles a su amor seguirán a su lado;  
porque quiere a sus devotos, se apiada de ellos  
y mira a sus elegidos”.

Descansen en Paz.

Amén.